
Sobre Ingentes Cuestiones Económicas.—El Empleo Provechoso del Capital y del Trabajo

LAS LIMITADAS Y DIFÍCILES POSIBILIDADES DEL PAÍS PARA LA PRODUCCIÓN MANUFACTURERA

En contraste con la vastedad y ventajas de las que ofrece para la producción agrícola, pecuaria y minera.

Los perjuicios que deriva la economía nacional del desconocimiento que se tiene de las unas y las otras, y el bien general que reportaría el conocerlas debidamente.

Caracas, junio de 1937. — El muy plausible y útil empeño, a tono con la hora actual, hacia un mejoramiento económico más acelerado e intenso y por el que todos suspiramos para reparar el tiempo malamente gastado, trae a colación a cada instante y acentúa cada vez más, la inveterada y común creencia de que Venezuela puede convertirse de hoy para mañana en un país esencialmente fabril, esto es, que pueda vivir normal y principalmente, de sus industrias fabriles o manufactureras, y figurar, desde luego, entre los grandes pueblos manufactureros del mundo.

Los reiterados conceptuosos editoriales de periódicos, como la materia del mayor interés que consideran, así lo dejan ver, con el más sano optimismo; y los legisladores, por su parte, corroboran y comparten tal creencia, iniciando y acogiendo leyes adecuadas y articuladas en un todo para medios y pueblos de una grande y progresiva actividad fabril urbana, al favor de la cual puede ser una realidad la tesis nacionalista en boga, de que toda nación debe abastecerse a sí misma, sin comprar nada ni a nadie pero vendiendo a las demás cuánto quiera; mientras que el urbanismo, por su cuenta, con el creciente éxodo de campos y pueblos hacia Caracas y otros centros, aglomera en éstos las masas de trabajadores que han de emplearse en el fomento y expansión de tal supuesta grande industria urbana, que dará trabajo a toda esa gente, así como a la que aún falta por abandonar sus localidades; y en tanto que los capitalistas o una parte considerable de ellos, a su vez, participando o no de dicha creencia, pero sí empujados cuando menos, o bien, sugestionados por los que la profesan, forman entre éstos en apreciable número, algunos, quizás, para no aparecer como indiferentes, remisos o nada patriotas, ante el muy loable propósito del tan necesitado y ya por viejo inaplazable mejoramiento económico del país; creyéndose así, casi generalmente, que el país y sus trabajadores, derivarán el bienestar de la sola expansión de la grande industria manufacturera la que se cree, podrá emplear los más de los obreros y capitales nacionales.

Empero, no hay nada más incierto que esta creencia que en ocasiones sostiene algunos como convicción, de que, a las volandas e improvisadamente, podamos llegar a ser un pueblo fabril, y vivir principalmente de la sola explotación de las industrias manufactureras para el propio consumo y para la exportación; a la manera que si existen otros viejos o más prósperos pueblos, con un sino marcadamente indus-

trial que determina un cúmulo de circunstancias, tendientes todas a favorecer el desarrollo en grande de industrias fabriles, circunstancias especiales y dependientes de factores diversos: del tiempo, de la población, de la geografía, de los capitales, de los consumos, de la técnica industrial, de la índole o disposición de cada pueblo; así como de otros diferentes factores que cooperan de diversos modos y naturalmente hacia la expansión cada vez mayor de las grandes industrias. Y porque, tal infundada creencia, o la común aceptación de ella por parte de los capitalistas y de las masas trabajadoras no nos proporciona bienes sino males irreparables, como los que ha causado ya a nuestra economía, es interesante considerar bien la presente materia, presentando el verdadero estado de la vida de nuestras industrias, actualmente en explotación, aún las menos importantes, a fin de que los más directamente interesados, o sean, los capitalistas y las clases obreras, sepan a que atenerse cuanto a las posibilidades que aquellas industrias brinden al día y para el futuro.

El estado y la vida de toda industria dependen forzosamente de la salida o consumo que alcance la producción de cada industria; así por el solo progresivo aumento del consumo interno, o bien de la exportación, es que puede esperarse el desarrollo y bienestar de una industria con el también progresivo aumento de la producción, no por ninguna otra causa ni circunstancia, aún admiliéndose los beneficios de la más alta técnica para la mayor eficiencia, baratura y calidad de la producción. De ahí que las industrias productoras de artículos no exportables y sin más destino que el de surtir el mercado nacional, no puedan ser consideradas, sino como industrias de una limitada producción, o sea, la producción suficiente para el regular consumo interno, calculando el gradual aumento de éste. La totalidad de nuestras industrias fabriles se encuentran en este último caso; no pudiendo ser exportados, primeramente

por los altos aranceles extranjeros, los productos de esas nuestras presentes industrias que son: la de fábricas de telas, de zapatería, alpargatería y talabartería, sastrería y camisería, de cemento romano, de alfarería y mosaicos, de carpintería y ebanistería, carruajería, curtiduría, de herrería y fundición, chocolatería, de mantequilla y queso, tipografía, tabaquería y cigarrería, panadería, pesquería, cervecería, de carnes y azúcar, licorería, de pastas, jabonería, velería, de dulces, papelería, vidriería, cordelería y algunas otras más de menor importancia.

Como está a la vista todas estas industrias han llegado al máximo de la producción que exige el consumo nacional; y sólo para un futuro más o menos cercano, y ello para un escaso número de artículos provenientes de la Agricultura y la Cría habrá oportunidades aprovechables para su exportación, como resultado de una mejor técnica y de un acucioso trabajo de propaganda en los mercados compradores, para chocolates, bombones y demás dulces a base de cacao, aceites de coco, ajonjolí y otros, mantequillas de coco o maní, telas pesadas y baratas, sacos de cocuiza, tabacos o puros y cigarrillos, elaborados con nuestros excelentes tabacos, alpargatas, con el aprovechamiento de las materias primas: suela y algodón que producimos, la misma suela en bruto, pescados carnes saladas y en latas, alcoholes, bebidas espirituosas, jabones y algunos contados artículos y materias primas más, manufacturados o semi manufacturados, como maderas diversas cepilladas y en tablas, la copra, papelón y algunos otros.

Como queda asentado, todas las expresadas industrias han llegado al máximo de la producción que demanda el mercado nacional, evidentemente saturado ya con los productos que ellas fabrican; por lo que no pueden ofrecer una mayor expansión sino solo el desarrollo que vaya exigiendo el progresivo aumento de la misma

población consumidora; ya que una producción intensa que excediera a las necesidades de ese consumo, entrañaría el peligro de la superproducción, más ruinosa que la misma falta de producción. En pequeño, pero bastante para servir de oportuna y provechosa lección, presentamos este caso en recientes años, cuando en virtud de la exagerada aserción sobre las posibilidades para la explotación de nuestras industrias fabriles, y aprovechando entonces la relativa abundancia del dinero, se invirtió aquí el capital desatinadamente en una mayor amplitud de algunas industrias, aumentándose especialmente el número de las fábricas de muebles, de alfarerías, de mosaicos; más fábricas de telas, más zapaterías, más sastrerías, más tipografías, etc., etc., con la consiguiente inflación de las importaciones que sobrepasaron al doble de lo necesario y el aumento desproporcionado de las casas de comercio, de boticas, de botiquines y de establecimientos mercantiles en general, la festinada lujosa y poco necesaria edificación de quintas y mansiones, más para ricos que para gentes de mediano pasar; viniendo tras esto y como una forzosa consecuencia, el abaratamiento de los productos sin más compradores, las pérdidas de consideración, las numerosas quiebras de fábricas y casas de comercio y con ellas el paro y desempleo de los trabajadores; amén de que, para reagrar tal inusitado y conflictivo estado de cosas de la industria y del comercio, se comportaba el despilfarro del uso y del abuso del automotor, que sirviera desde un principio, de causa de decadencia económica y que ha seguido como causa bien constante de la difícil situación económica del país. En los casos de desorientación económica colectiva, como este que apuntamos, podrán señalarse otras causas, pero, sin duda, que tiene que ser la principal el denunciado error, de querer basar la vida de la nación en la sola explotación de industrias fabriles urbanas y el total empleo en ellas de los capitales y brazos nacionales, con el lamentable resultado de la

notoria disminución del comercio interior, que es el índice infalible de malestar o prosperidad de las naciones.

Los perjuicios que deriva la economía nacional del desconocimiento de las posibilidades de la producción manufacturera y de las de la producción agrícola, pecuaria - minera

Porque son enormes los perjuicios que de tan lamentable estado de cosas se derivan, y el principal causante de ellos es el común desconocimiento de estas materias, importa mucho reiterar y recalcar cuánto a ellas se contraiga. Por el error expuesto se perjudica primeramente, el capitalista que emplea su dinero en empresas industriales de ya sobrada producción, que abastecen y exceden al consumo interno, de un lento gradual aumento, perjuicio que se produce al cabo en la pérdida parcial o total del capital con la ineludible liquidación de un negocio industrial, cuyos productos no tienen la salida regular. Se perjudica el numeroso y diverso elemento trabajador que constituye el personal de cada empresa que desaparece, personal que ha tenido que formarse y entrenarse con tiempo, y el que a la postre tiene que buscar otro oficio, después de gastar meses y años en una empresa desde un principio condenada al fracaso. Se perjudican las empresas industriales primitivamente establecidas, entre otras razones, por la inevitable competencia, de ordinario, poco racional, por desesperada que es la que tienen que sufrir de las nuevas empresas industriales antes de su total desaparición, si en la lucha que se establezca entre unas y otras, no logran las nuevas la extinción de alguna o algunas de las viejas. Se perjudican grandemente la Agricultura y la Cría, las dos grandes industrias naturales del país, por la fatal y sensible sustracción de los capitales y los brazos que sufren, a causa del desatinado empleo de éstos en empre-

sas e industrias sin bases ni medios racionales de existencia. Se perjudican a una el Fisco y el Comercio Exterior, con las restricciones o trabas arancelarias que siempre logra el espíritu proteccionista en favor de ciertas industrias criollas, naturales o artificiales, trabas que, necesarias o no, en todo caso se impetran y ponderan como remedios específicos para la expansión de las mismas industrias, implicando cada una de las cuales trabas, disminución de importación, con la consiguiente merma de impuestos aduaneros y la disminución del comercio exterior; y de esta manera, toda la economía nacional se encuentra afectada por el error evidente o la mantenida creencia, de que el destino de Venezuela es el de un país principalmente fabril y manufacturero.

Por consiguiente, todo es útil en el empeño de combatir tal creencia que desorienta y obstaculiza al progreso nacional, y la que nos ha hecho y podrá aún seguir haciéndonos mucho daño, y por la que son incontables los perdidosos, que podrán serlo mucho más, si se persiste en este error que, con ser de los más grandes y palpables, por una aberración, es de los que cuenta, con defensores conscientes o abogados espontáneos empeñados en presentarlo, no con su faz de verdadero e innegable error que es, sino bajo el aspecto de cosa buena y conveniente, para que los demás la acojan, aunque sean con momentáneo entusiasmo, y así se siga creyendo que, para todo el capital de Venezuela y para todas las masas trabajadoras de ella, hay campo de sobra en la producción manufacturera; y que, por tanto, Caracas, Maracaibo y otros dos centros más, pueden considerarse como grandes ciudades fabriles que todavía piden más capitales y más artesanos, más trabajadores de los campos y pueblos del Interior, y más industrias fabriles, desgraciadamente, para perjuicio de todos; y avvorecen esta tesis, o cuando menos, no la contrarian, por un lado, el sano aunque para el caso inconveniente provincialismo caraqueño o bien maracaibero con el orgullo de ates-

tiguar un soñado gran progreso industrial de la tierra, progreso que nadie ostensiblemente desconoce y que al contrario en toda ocasión ensalza la prensa de cada localidad; por otro lado sostienen lo mismo, o tampoco lo niegan, los intereses del comercio exterior, los intereses bancarios reinantes en el propio país, al menos bajo el punto de vista optimista, o deseando que así llegue a ser. Sostienen esa tesis con toda fuerza y mientras puedan, las mismas clases capitalistas y las obreras, tanto las que participan de antiguo en empresas industriales, como las que por nuevas se sienten más amenazadas con el insuceso; la sostienen asimismo los elementos de todo orden radicados en las propias capitales, desde las empresas de tráfico, de espectáculos, bares o cantinas, hoteles y detallistas, hasta los comerciantes por mayor y los grandes importadores; y en el seno mismo del gobierno, por desconocerse estas cosas, o por cualquiera otra razón, no faltan funcionarios y aún ministros mismos, que sostengan a pie juntillas, que todo podrá ser cierot menos que Caracas y Maracaibo, no sean amplios campos donde poderse invertir cientos de millones en el implantamiento de nuevas industrias o en la expansión de las viejas existentes, y mantenerse en su explotación cuanta gente se quiera; así como dirán y opinarán lo mismo, por completo desconocimiento de la materia, muchos hombres de saber y luces en otras disciplinas, por no confesar su condición de profanos en ésta; sin que estos últimos sean acreedores de censura, ya que la preparación y estudios sobre estos puntos, en definitiva nada lucrativos, carecen de alicientes, y tienen, por tanto, muy contados adeptos; y es todo esto poderosa razón para que los errores como el que exponemos, perduren, arraigándose tanto y siendo raro que no nos sigan perjudicando cuando menos en ciertos sectores de la sociedad.

La vastedad y ventajas de las posibilidades que ofrece la producción agrícola-pecuaria y minera

Negando a nuestra vez los diversos enunciados conceptos, juzgamos útil y necesario, reiterar y divulgar cuanto se pueda, que la prosperidad privada y pública no se logrará aquí con la expansión de las industrias fabriles urbanas; que en éstas jamás será fructífero el empleo de cuantiosas sumas de centenares de millones de bolívares ni del máximum de los trabajadores del país, excepto los que progresivamente vayan pidiendo las necesidades de las industrias necesarias para el consumo; compensándose con creces los efectos de esa imposibilidad para la expansión de las industrias fabriles, con la vastedad y diversidad de las posibilidades que brindan para la imposición de capitales ilimitados y el empleo de millones de brazos la Agricultura y la Cría y la Minería en el país.

En efecto, aún escaseando como escasea el factor población, dado que no contamos sino con unos tres millones de habitantes; aún explotando los llamados viejos cultivos, café, cacao y otros pocos, de frutos menores o mayores, con los mismos bajos precios que éstos obtienen al presente; con las sonadas actuales dificultades de los cambios y los actos dictatoriales del mundo de las finanzas, como la tiránica imposición de la depreciación oficial del dólar; y las grandes dificultades creadas asimismo por las grandes naciones consumidoras de los mencionados frutos, imponiendo a las pequeñas los arbitrarios contingentes de importación, los que por nuestra parte, aceptamos sumisos sin saber o poder defendernos oportuna y eficientemente; no obstante y a despecho de todas las cuestiones que esos problemas confrontan, no resultaría aventurado afirmar, que otra sería muy distinta y favorable por cierto, la situación económica del país, si las más de sus energías de laboriosidad, de sus iniciativas y actividades para empresas, y de sus recur-

sos financieros, se dedicaran a la explotación tesonera y formal de dichas principales industrias, la Agricultura y la Minería, por ahora, siquiera para la producción en una mayor escala de las distintas materias primas que tienen mercado universal, que nosotros sabemos y podemos producir, y muchas de las cuales al presente nos sea imposible manufacturar; que esos capitales actualmente en depósito en Bancos y Cajas privadas, porque no encuentran industrias lucrativas urbanas en que emplearse, se inviertan por impulso de la iniciativa particular y la más posible garantía para sus dueños, la fundación de unos cincuenta o sesenta millones de matas de café y unos veinte millones de matas de cacao, lo que es incluso urgente para reponer las viejas haciendas y las numerosas desaparecidas; y ya que no se debe creer que esos capitales permanezcan inactivos, sin utilidad alguna, por simple voluntad de sus dueños, como lo admite la incomprensión en la materia, al extremo de intentar gravarlos con altos impuestos, sino que los dueños aceptan el menor mal, es decir, dejar de percibir intereses, antes de emplearlos en empresas con éxito y resultados de antemano nulos, y así, sin beneficios ni para ellos ni para la economía nacional; que ora por la misma iniciativa oficial, se invierta el capital necesario para la irrigación conveniente de vastas regiones con tierras a propósito para la agricultura y cría, más cercanas a las ciudades, tierras que hoy nada valen por faltarles el riego y no producir nada y que así podrían aprovecharse y valorizarse con beneficios seguros; que se provea por la misma iniciativa privada y el concurso de capitalistas, a la fundación de nuevos hatos con las condiciones modernas; en empresas bananeras para la producción y explotación del plátano, como de otros muchos frutos tropicales de provechosa y según venta en el exterior; empleándose así millones de holivares y millares de brazos en la explotación de otros cultivos conocidos y de productos de la más posible exporta-

ción, tales como el coco, el tabaco, el algodón, y para el consumo, como el arroz que hoy importamos en apreciable cantidad por valor de unos ocho millones de bolívares anuales y para el que hay regiones nacionales que aventajan a las mejores de otras partes, como lo es todo el Delta Amacuro; que se emprenda la explotación de la madera de este mismo Territorio y de las demás ricas regiones del país en las que abunda y se pierde, porque faltan empresas para esta lucrativa exportación, previa activa propaganda en los centros en que alcanza precios satisfactorios; que se hagan, asimismo, inversiones bien pensadas para empresas de pesquería, para la venta de sus productos dentro y fuera del país, habiendo como hay de ellos demanda universal; que igualmente se constituyan compañías para explotar nuestros inagotables depósitos de sal, de espontánea producción en nuestros mares; que se fomente con el capital necesario la formal y progresiva explotación de nuestras varias minas, utilizándose la técnica y métodos modernos; que siquiera se emprenda, que se lleve a la práctica, la mitad, la cuarta parte, la décima parte de lo que aquí enunciamos e insinuamos, desinteresadamente, convincentemente, patrióticamente, y desaparecerán los males sociales y económicos que todos palpamos y que no nos cansaremos de lamentar; y faltarán trabajadores en nuestras ciudades, en vez de los que hoy sobran y vegetan en ellas, sin medios de existencia; se intensificarán el consumo interno y la exportación, con el mayor auge del movimiento general del país, pudiendo éste, singasto alguno llegar a ser preferido por la mejor clase de inmigración espontánea, seleccionada según nos convenga, y no como la muy poca y nada buena que ahora tenemos que soportar de trabajadores urbanos en vez de la de agricultores y hombres de campo que es la mejor y necesaria.

Para alcanzar esos propósitos debemos reiterar y divulgar incesantemente estas sencillas verdades: que en

Venezuela, los capitalistas, los empresarios, los trabajadores en general y todos los que aspiren al bienestar por el trabajo honesto, se convenzan y prescindan de las pocas y difíciles posibilidades que ofrecen al presente las industrias manufactureras y urbanas; así, como al contrario, que acojan y prefieran las diversas e incontables posibilidades que brindan las industrias agro-pecuario-mineras; y que los gobiernos, por su parte, penetrados de la responsabilidad que les incumbe como factores principales para promover el bienestar nacional, alcanzarán el éxito más eficaz y seguramente, prefiriendo el fomento de la Agricultura, la Cría y la Minera, antes que preferir la expansión de las industrias fabriles urbanas; que el bienestar privado y público, como esenciales objetivos de la familia y de la Patria bien amadas, se alcanza, asimismo, con menos dificultades en los campos y en el cultivo de las tierras, que en las ciudades y en sus industrias; por lo que en definitiva resultará de esa manera más provechoso el empleo del capital y del trabajador.

Rafael Martínez Mendoza.
